

El Fisgón Histórico  
y  
David Nieves Muñoz

# **LOS AUSTRIAS**

La historia ilustrada del imperio  
donde no se ponía el sol

la esfera  de los libros

# ÍNDICE

<i>Prólogo</i> de Augusto Ferrer-Dalmau.....	9
<i>Introducción</i> .....	13
<i>Árbol genealógico</i> .....	16
<i>Félix Austria Nube</i> .....	19
<i>El Hermoso</i> .....	22
<i>Carlos V</i> .....	26
<i>Felipe II</i> .....	74
<i>Felipe III</i> .....	128
<i>Felipe IV</i> .....	160
<i>Carlos II</i> .....	192
<i>Sobre los autores</i> .....	228

## PRÓLOGO

**D**esde niño me inculcaron el amor por la historia. No era solo una asignatura árida llena de interminables listas de nombres, sitios y fechas que memorizar. Formaba parte de mis juegos, alimentaba mi imaginación gracias a tebeos, cromos y películas. La historia era algo interesante y apasionante. Puede que por eso, estoy seguro, he dedicado mi vida al género de la pintura histórica. Excitó mi curiosidad, me llevó a investigar y, al darme cuenta de que había episodios poco o mal representados, quise hacerlo yo mismo.

Quiero con esta breve pincelada autobiográfica ilustrar la importancia y el valor de la divulgación. En otros países es algo habitual en los diversos medios de comunicación. Es más, diría que parte imprescindible dentro del amplio abanico del entretenimiento para toda clase de público. Cultura cercana que educa y divierte, que vertebraba la sociedad. Porque las naciones y los pueblos están vivos mientras su cultura pervive.

No se muy bien por qué, quizás porque en un momento dado quisimos lanzarnos hacia la modernidad con la libertad que concede el ir ligeros de equipaje. Pero hicimos la historia a un lado y la condenamos al olvido y el rechazo. Ahí soy de la opinión de que cometimos un grave error. No en abrazar la modernidad, claro está, sino en considerar nuestra historia como un lastre, renegando de ella, conceptualizándola negativamente, cuando creo de corazón que tiene el poder de catapultarnos.

La historia de España es impresionante. Lo hemos hecho todo, hemos llegado a todas partes, nuestra historia es crucial dentro de la historia universal, de uno u otro modo transformamos el mundo. Dicen que donde pongas a un español lo imposible dejará de serlo. Entonces... ¿cómo hemos permitido la desmemoria, el desapego y hasta el complejo que padecemos actualmente? Para mí eso es inaceptable. Si somos lo que somos, si estamos como estamos, es porque

mucha gente, nuestros abuelos, bisabuelos, tatarabuelos... lucharon, trabajaron, pensaron, amaron, odiaron, creyeron o dejaron de creer, vivieron y murieron por una serie de intereses e ideales que nos han llevado a lo que somos hoy. El legado de su memoria es la mayor y más valiosa de nuestras riquezas. El conocimiento de nuestras luces y sombras, de todo lo que somos capaces de hacer como individuos, como sociedad y como humanidad.

Por ejemplo, Dostoyevski dijo que el *Quijote* era la máxima expresión del pensamiento humano, que si llegara el fin del mundo la humanidad podría presentarlo como la conclusión extraída de la vida. ¿No deberíamos estar orgullosos y presumir de ello?

Fuimos los primeros en dar la vuelta al mundo, en inventar tecnología a vapor, en tener un catedrático de color, en nombrar a una mujer pintora de la corte y a otra escultora de la corte, en descubrir las propiedades de la quina contra la malaria, en crear un traje de buzo funcional, sentamos las bases de lo que serían los derechos humanos en Salamanca y así un suma y sigue de hitos trascendentales. ¡Y eso solo en el Siglo de Oro!

Olvidar todo eso no es solo que pueda considerarse una falta de respeto hacia nuestros antepasados, o incultura, es que es una lobotomía de consecuencias catastróficas. Nos deja indefensos y desmoralizados.

Por eso los enamorados de la historia no hemos cesado en el empeño de transmitir esa admiración. Hay un gran público hambriento de aventuras, de batallas, de intrigas, de descubrimientos, de saber al fin y al cabo. De reencontrarse con su cultura y su identidad. Este libro que nos ocupa responde a esa demanda y sus autores recogen el testigo de aquellos que llevamos ya muchos años en la brecha. Nos acercan a nuestra época de máximo esplendor y a la dinastía que la lideró, un periodo que no por famoso es bien conocido o comprendido. Porque si a día de hoy es difícil ponerse en la piel de otro o entender culturas diferentes, no digamos ya hacerlo con aquello de lo que nos separan siglos. Para ello, no solo hay que ver la imagen general, si no también los detalles, las historias particulares, las anéc-

dotas. Eso que nos recuerda que esas figuras del pasado fueron seres humanos como nosotros. Y eso es *Los Austrias*.

Iniciativas así me llenan de satisfacción y esperanza, pues son la prueba de que el futuro de nuestra cultura e historia ya no es tan incierto, si no que avanza a pasos agigantados para volver a ser patrimonio de todos y estar en primera plana, como se merece.

AUGUSTO FERRER-DALMAU

## INTRODUCCIÓN

**E**n 1492, una poderosa dinastía se hallaba al frente de los unificados reinos de Castilla y Aragón: los Trastámara. Todo parecía indicar que lo ganado por Isabel y Fernando en las largas luchas contra Portugal, Navarra y el reino nazarí de Granada iba a perdurar.

El mundo se estaba ensanchando por el oeste, con el descubrimiento de nuevas tierras por parte de un navegante de origen poco claro y la intención de llegar a Asia a través del ancho océano. Entretanto, el poder de la monarquía se afianzaba en el sur de Italia gracias a la maestría de un comandante sin igual: el Gran Capitán.

La sucesión al trono, sin embargo, quedó en entredicho. Todos los hijos varones de la pareja murieron a temprana edad, dejando a la inestable Juana como potencial heredera. Víctima de las aspiraciones de su padre, que siempre ambicionó reinar en solitario mientras viviera, y de la muerte de su madre en 1504, tuvo que unir fuerzas con las de personajes como el cardenal Cisneros para intentar reclamar lo que era suyo.

Pero algo trascendental aconteció en los años finales del reinado de sus padres: su boda. Fue casada con un lejano y apuesto pretendiente directamente emparentado con el poderoso emperador Maximiliano, siguiendo la tradicional política de uniones matrimoniales entre la realeza, cuyo objetivo era aumentar los territorios controlados (o al menos los derechos sobre ellos, para poder reclamarlos más tarde). Se uniría así una gran cantidad de patrimonio perteneciente a ambas casas, cuyos descendientes podrían reclamar los más altos títulos de Europa Occidental. Sin embargo, el destino quiso que el joven Felipe, esposo de la reina Juana, tuviera una muerte prematura, mientras que ella viviría una larga y tortuosa vida a la sombra, primero de su padre, y luego de su hijo.

Un joven flamenco (belga) criado lejos de la Península Ibérica fue el que, tras la muerte de Fernando el Católico y la regencia del cardenal Cisneros, heredaría en 1516 las posesiones de su madre, enclaustrada en Tordesillas. Para los españoles de aquella época el cambio de dinastía no fue siempre visto con buenos ojos. Tras limar las asperezas con sus súbditos de Castilla y la Corona de Aragón, levantados en armas tras lo que pareció un conato del rey de imponer gravosos impuestos y llevar a cabo una política a espaldas de sus intereses, se convertirían de hecho los territorios hispanos en el mayor baluarte del nuevo rey. De la política europeísta y las grandes pugnas contra los monarcas de su tiempo por el control de Europa, el Mediterráneo y las tierras nuevamente descubiertas se pasaría poco a poco a afianzar unos dominios en los que su sucesor, Felipe II, no vería nunca puesto el sol. Se multiplicaron los enemigos, los desafíos, las revueltas, las conjuras, los grandes hechos de armas y el esplendor literario y cultural de una monarquía que no solo sería la cabeza de Europa, sino que regirá los destinos del mundo.

En aquel mundo antiguo, donde las leyes podían tanto como los reyes y donde la picaresca se dio de la mano con una explosión cultural y científica, los que tenían la última palabra eran los reyes. Desde sus ostentosos palacios y alcázares, itinerantes primero y fijados luego en la esfera de la «Villa y Corte» de Madrid, la rama española de la Casa de Habsburgo rigió durante doscientos años primero con puño de hierro y luego de tafetán y oro, escudada tras un ejército de consejeros, nobles diletantes o con mando sobre poderosos ejércitos, solícitos funcionarios y esforzados siervos y criados. Fueron estos monarcas grandes en todas las dimensiones posibles, desde las más nobles hasta las más bajas y mundanas: serios y graves sentados en el trono, impartiendo justicia y gobernando sobre millones; para luego perderse en juegos cortesanos, apasionados romances, obsesiones y pecados de todo tipo. La historia los recuerda con el nombre de aquella casa, que según su propio lema «estaba destinada a gobernar el mundo»: los Austrias.





# El linaje de los Austrias

Felipe I, El Hermoso  
(1478-1506)



Isabel de Valois  
(1545-1568)



Ana de Austria  
(1549-1580)



Isabel I de Castilla  
(1451-1504)

Carlos I de España  
y V de Alemania  
(1500-1558)



María Tudor  
(1516-1558)

Juana I  
(1479-1555)



Felipe II  
(1527-1598)



Fernando II  
de Aragón  
(1452-1516)



Isabel de Portugal  
(1503-1539)



Mª Manuela de Portugal  
(1527-1545)



Luis XIV de Francia  
(1638-1715)



Luis,  
Delfín de Francia  
(1661-1711)



Isabel de Borbón  
(1602-1644)



Maria Teresa de  
Austria (1638-1683)



Felipe V  
(1683-1746)



Felipe III  
(1578-1621)



Mariana de  
Neoburgo  
(1667-1740)



Maria Ana de Baviera  
(1660-1690)



Felipe IV  
(1605-1665)



Carlos II  
(1661-1700)



Margarita de Austria  
(1584-1611)



Mariana de Austria  
(1634-1696)



Maria Luisa de Orleans  
(1662-1689)





## ***FELIX AUSTRIA, NUBE***

A finales del siglo XV el codiciado trono imperial cambió de manos. El llamado Sacro Imperio había sufrido muchas modificaciones territoriales a lo largo de los siglos, pero conservaba viejas aspiraciones sobre territorios ya perdidos que antaño habían estado en su esfera. Esa era una de las razones por la que en Italia estaban peleándose cada dos por tres los partidarios del imperio (llamados hasta hace poco güelfos) y frente a los que apoyaban al rey de Francia (gibelinos).

En este contexto obtuvo el trono imperial un miembro de la familia de los Habsburgo, Maximiliano (desde 1483), reconocible claramente por su mandíbula abultada (un rasgo que van a heredar todos los miembros de la familia) y la pretensión de convertirse en uno de los grandes reyes de la cristiandad. Los emperadores eran los descendientes teóricos del poder de Roma en occidente. Primero se coronaban «reyes de romanos» en la capilla palatina de Aquisgrán, en el trono de Carlomagno. Luego, si les era posible, viajaban a Roma para convertirse en emperadores coronados por el Papa, lo cual suponía unos enormes gastos que debían sufragar los de siempre y que se llamaban «meses romanos».

Maximiliano I, apodado «el rey blanco», tuvo que embarcarse en numerosas guerras contra Francia, los suizos o para controlar Baviera. Todas ellas le granjearon enemigos, y como el cargo de emperador no era hereditario, se propuso buscar amigos del mejor modo posible en aquella época: casando a sus descendientes

con príncipes y reyes de otras casas para ir engrandeciendo el patrimonio.

Fue por este motivo que su hijo Felipe (muy dado a vestir a la última moda) recibió la visita de una armada procedente de Castilla, donde se encontró con la hija de Fernando e Isabel (Juana), que se quedó locamente enamorada de aquel hombre. Contrajo nupcias en 1496, viviendo con Felipe en Gante hasta reclamar el trono de Castilla a la muerte de su madre, Isabel, a partir del año 1504.

Fernando el Católico no quería renunciar al poder, y desde el primer momento, existió un odio manifiesto entre el viejo rey aragonés y su yerno, al que su hija defendía con uñas y dientes. La cosa llegó a tal punto que, durante una



entrevista que tuvieron en el Remesal (1506) para aclarar el asunto del gobierno de Castilla, Fernando acudió de luto junto a una comitiva desarmada, mientras que Felipe le esperó con varios miles de lansquenetes alemanes.

Y aunque Felipe murió poco después, su hijo Carlos volvería para heredar aquellos reinos que le correspondían por derecho. De esa manera se cumplió la máxima de la Casa de Austria, que rezaba: «*Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube!*» (Que otros hagan la guerra, ¡tú, feliz Austria, cástate!). Era mucho mejor ganar reinos casando a hijos, hermanos y primos, que obtenerlos en largas, costosas e impopulares guerras.



## EL HERMOSO

**E**l primero de los Austrias españoles fue, como ya hemos dicho, el primogénito de Maximiliano I. Su reinado fue corto, pues entre la muerte de la reina Isabel, los compromisos para gobernar a tres bandas con su esposa y su suegro y la pugna que llevaría a la Concordia de Villafáfila (1506), agotaría el escaso tiempo que estuvo al frente de la regencia de Castilla.

¿Quién era realmente Felipe I, y por qué le apodaron de aquella suerte? En realidad, si nos fijamos en los cuadros que le representan no era especialmente agraciado de rostro, mostrando, como su padre, lo que sería un símbolo de la dinastía: la mandíbula sobredimensionada, que en ocasiones resultaba algo cómica. Aunque la leyenda le atribuye ser un déspota poco apegado a sus súbditos, la realidad fue muy distinta. Como heredero de las posesiones austríacas de su abuelo, demostró ser un gobernante atento y que veló por el bien de sus súbditos... aunque no favoreció a los castellanos: situó por delante a sus consejeros flamencos frente a los propuestos por su esposa, siendo además uno de los primeros en conspirar para que se decretara la incapacidad de Juana para gobernar.

Su relación no siempre fue tan tormentosa, pues cuenta la leyenda que durante sus nupcias en 1496 fue tanta la prisa de la pareja por consumar el matrimonio que tuvieron que llamar de urgencia al sacerdote para que les diera la bendición nupcial, dos días antes de la ceremonia solemne. Mucho se ha hablado sobre la «locura» de Juana, y es posible que tuviera una base médica,

ALGUNOS DE LOS EPISODIOS DE IRA DE JUANA FUERON CAUSADOS POR EL CARÁCTER MUJERIEGO DE FELIPE. SE DICE QUE TUVO NUMEROSAS AMANTES, Y AUN FRECUENTÓ «MUJERES PÚBLICAS», ENTRE LAS QUE LAS MORISCAS ESTABAN TRISTEMENTE DE MODA. TAMBIÉN SE LE ATRIBUYE CREAR LA FRASE «PONER MIRANDO A CUENCA», REFIRIÉNDOSE A CUANDO SUBÍA A SUS AMANTES A UN OBSERVATORIO EN TOLEDO DESDE DONDE SUPUESTAMENTE LES MOSTRABA EN QUÉ DIRECCIÓN SE HALLABA AQUELLA CIUDAD.

FELIPE MURIÓ PREMATURAMENTE EN SEPTIEMBRE DE 1506, CON TAN SOLO VEINTIOCHO AÑOS DE EDAD. AUNQUE HUBO SOSPECHAS DE QUE PUDO SER ENVENENADO, ALGUNOS CRONISTAS INDICAN QUE FUE SU GUSTO POR LAS BEBIDAS «NEVADAS» (REFRIGERADAS CON NIEVE, ALGO MUY DE MODA ENTONCES ENTRE LA NOBLEZA) LO QUE LE HIZO ENFERMAR TRAS UN ÉPICO PARTIDO DE PELOTA CONTRA UN CAPITÁN DE SU GUARDIA.



OCHO MESES ESTUVO EL CADÁVER DE FELIPE RECORRIENDO CASTILLA, CON JUANA ROTA DE DOLOR Y SIN SEPARARSE DEL SEPULCRO. NUNCA MÁS VOLVERÍA A CASARSE, NI A TENER AMANTE ALGUNO. EL SUYO FUE UN AMOR QUE SE LLEVÓ A LA TUMBA.



sobre la que hoy en día solo podemos teorizar. Lo que estaba claro es que se enamoró perdidamente de aquel hombre, que a su paso por Francia fue proclamado como «un hermoso príncipe» por el rey galo.

Los contemporáneos dieron varias descripciones del joven rey, algunas de ellas ciertamente amables: «De alta estatura y abultado. Tenía muy gentil rostro, hermosos ojos y tiernos, la dentadura algo estragada, muy blanco y rojo. Las manos por excelencia largas y albas y las uñas más lindas que se vieron a persona». En realidad, su «hermosura» parece que estribaba en un cuerpo atlético y bien proporcionado, pues se dice que destacaba en todos los ejercicios físicos y militares, especialmente en prácticas gimnásticas como la del juego de la pelota. De hecho, a pesar de la mala fama todos los cronistas indican que fue una persona muy amable y de trato cercano con todos aquellos que le rodeaban. No obstante, la propaganda castellana y los propios excesos del personaje han hecho que su recuerdo sea algo oscuro, especialmente por el cruel destino al que él y su suegro abocaron a Juana: encerrada de por vida, cediendo el gobierno a su padre y posteriormente a su hijo Carlos. Ella pudo ser una gran Trastámara, como su madre, pero tuvo que dejar paso a esta nueva dinastía, que llegaba a Castilla pisando fuerte... quizá demasiado.